

balleros de su corte. Tan luego como desembarcaron los españoles, el rey Luis colocó con mucho garbo á la grupa de su caballo á su sobrina la reina Germana, los demás caballeros franceses hicieron otro tanto con las damas de la reina, y todos se encaminaron al alojamiento real de Saona. Los dos soberanos que antes se habían hostilizado con tanto rencor ó tratábase con mas doble y ladina falsia que buena fe, se esmeraban en darse recíprocas muestras de franqueza, de expansion, y al parecer de cordialidad. Franceses y españoles ostentaban allí á competencia su lujo y su bizarría.

En la comitiva del rey Luis se contaban el marqués de Mantua, el veterano Aubigny, el señor de La Paliza y otros bravos capitanes que habían cruzado sus espadas con la del Gran Capitan español, y humillábase á recibir de él la ley del vencedor en los campos de Italia, y ahora le contemplaban con admiracion y respeto, y se afanaban á porfia por atenderle y agasajarle. Cada cual recordaba y enaltecia alguno de los triunfos que había presenciado, y los que hasta entonces solo le conocian por su fama no se cansaban de contemplar la gallardía de su presencia, y mostrábase encantados de su elegante decir y de la finura y dignidad de sus modales. El rey Luis le honró haciéndole sentar á la mesa con él y el rey Fernando. Durante la comida quiso tener la complacencia de oírle contar algunos de los sucesos mas memorables de sus famosas campañas: dijo muchas veces que envidiaba la fortuna del rey que tenía tan gran general, y quitándose del cuello una rica cadena de oro que llevaba, se la puso con su propia mano á Gonzalo para que la conservara como una memoria de su grande aprecio. Este día, dice un escritor italiano, fué para él mas glorioso que el de su entrada triunfal en Nápoles (1). Este fué, dice un escritor español, el último día sereno que amaneció al Gran Capitan en su carrera: el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras (2).

Lo que se trató en las conferencias de Saona entre los dos soberanos fué casi todo referente á Italia, objeto de su comun ambicion. La victima ahora fué Venecia, puesto que allí quedaron ya establecidas las bases de la famosa liga entre aquellos reyes, el de Romanos y el papa contra aquella república, que veremos resultar mas adelante, recibiendo su complemento en Cambray.

Terminados aquellos agasajos, el rey y reina de Aragon continuaron su viaje á España, y despues de una navegacion pesada y trabajosa arribaron al Grao de Valencia (20 de julio), donde ya se había adelantado el conde Pedro Navarro con las naves en que traía el resto del ejército de Italia. Al cabo de algunos días, dejando á la reina Germana en Valencia con cargo de lugarteniente general, prosiguió el rey hacia Castilla, á cuyos confines salieron á recibirle varios prelados, grandes y caballeros castellanos, como igualmente enviados y mensajeros de varias ciudades y villas, y de unos y de otros le iban saliendo al encuentro y agregándose en su marcha, y haciéndole homenaje. Precedíanle además sus reyes de armas, alcaldes, alguaciles, maceros, con las insignias de la autoridad real, y con todo este aparato y ostentacion entró Fernando en Castilla (21 de agosto), como si quisiera vengarse de la salida desairada que el año anterior había hecho. La reina doña Juana, que había permanecido en Hornillos, siempre á la vista del cadáver de su esposo, con noticia del regreso de su padre salió, ó mas bien fué llevada á recibirle á Tortoles, acompañada del arzobispo Cisneros y de otros prelados y grandes. Interesante y tierna fué la entrevista de padre é hija despues de tan larga separacion. Abrazados estuvieron un buen espacio, manifestando la reina una sensibilidad que no se había advertido en ella desde la muerte de su marido. El rey se afectó al ver el desmejorado rostro, el mirar inquieto y el desaliñado traje de su hija: mas si esto le enterneció como padre, despues de hablar con ella se le notó satisfecho como rey, puesto que dejaba en sus manos la gobernacion del Esta-

do y le facultaba para obrar como si fuese el verdadero soberano de Castilla. Despues de esta afectuosa entrevista, pasaron á Santa María del Campo, donde el rey celebró el cabo de año de la muerte de su yerno Felipe, y donde el arzobispo don Francisco Jiménez de Cisneros fué investido del capelo de cardenal que el rey había impetrado de la Santa Sede, y traído para él. Este insigne prelado había sido ya nombrado tambien inquisidor general de los reinos de Castilla y de Leon, por renuncia del arzobispo de Sevilla (3).

Negóse la reina doña Juana á acompañar á su padre á Burgos, pues no quería entrar en la poblacion en que su marido había muerto. Respetó Fernando este rasgo de delicada sensibilidad de su hija, y la dejó en Areos, donde hizo venir á la reina Germana para que le hiciese compañía, y suavizara un poco su melancólica soledad. Tomó esta segunda vez el Rey Católico con fuerte mano las riendas de su segunda regencia. Aunque el marqués de Villena, el duque de Alba, el condestable, el almirante y otros próceres de los que antes le fueron tan contrarios, se le habían ya sometido, mantenian otros enarbolada la bandera de la sedicion. La misma fortaleza de Burgos se mantenía por don Juan Manuel, el conde de Lemos traía revuelta la Galicia y la provincia de Leon: el duque de Nájera se fortificaba en esta plaza y ponía en armas sus estados. Estos y otros magnates que se mantenían en rebelion, fiaban en la venida del emperador Maximiliano y en los socorros de Alemania y de Flandes. El rey á fuerza de actividad y de energia fué sujetando á todos estos disidentes. El castillo de Burgos fué entregado por su alcaide, á quien hizo una imponente intimacion, y don Juan Manuel despues de inútiles esfuerzos tuvo que abandonar á Castilla y refugiarse en la corte de Maximiliano, donde no le faltaron enemigos que le estorbaran tomar allí el ascendiente que había tenido con el archiduque. El de Lemos se vió forzado á restituir las villas que tenía tomadas y á salir de Galicia y someterse al rey. El mas tenaz y mas poderoso de todos, el de Nájera, se resistía con una arrogancia al parecer invencible: pero una orden del rey á Pedro Navarro para que con la artillería y la gente de guerra traída de Nápoles pasara á combatir sus fortalezas, le hizo ablandar un poco, y al fin, despues de muchas peticiones, despues de muchas fórmulas condicionales de sumision, aconsejado y persuadido por algunos amigos y mediadores, convino en entregar todos sus fuertes y castillos al rey, y dióle su palabra de fidelidad. Fernando se condujo con él con una generosidad que no esperaria, pues fiando en su palabra le devolvió al poco tiempo todas sus fortalezas y estados.

Con igual vigor pacificó las alteraciones de Vizcaya, del señorío de Molina y de otros puntos en que sus desafectos movian alteraciones. En medio de todo se mostraba indulgente con los que se reducian á su obediencia, y propenso á olvidar las injurias. Decíale un día en tono de festiva confianza á uno de los antiguos partidarios del rey archiduque: «¿Quién hubiera podido pensar que tan fácilmente abandonarais á nuestro antiguo amo por otro tan jóven y tan inexperto?—¿Y quién hubiera podido creer, replicó en el mismo tono el cortesano, que mi antiguo señor pudiera sobrevivir al jóven?» Así le decía tambien al duque de Nájera, que era menester hacer libro nuevo para lo sucesivo (4).

Solo se mostró rigoroso é inexorable con el marqués de Priego. Este fogoso jóven, hijo que era del ilustre don Alonso de Aguilar, tan famoso en las guerras de Granada y la Alpujarra, y sobrino del Gran Capitan, junto con el conde de Cabra y algunos otros caballeros andaluces, creyéndose desairados ó desfavorecidos del rey Fernando, movieron, ó por lo menos apoyaron un alboroto que hubo en Córdoba. Habiendo el rey enviado desde Burgos al alcaide de casa y corte, Hernan Gomez de Herrera, para que procediese contra los culpables, y con orden de hacer salir de la ciudad al de Priego, este, en vez de obedecerle, le hizo prender y le llevó y encerró en uno de los

calabozos de su castillo de Montilla: levantó gente de á pié y de á caballo, se apoderó de Córdoba, puso guardas á todas las puertas, y excitando á los enemigos del rey á tomar parte en el movimiento, promovió una verdadera rebelion y asonada. Indignó al rey tal desacato y ultraje á su autoridad, y se preparó á sofocar y castigar la sublevacion en persona. Moviése, pues, de Burgos á Valladolid (1508), hizo un llamamiento general á todos los andaluces y á los caballeros de las órdenes, reunió cuantas tropas pudo, y se rodeó de un aparato de guerra formidable. El Gran Capitan, que seguía al rey, y veía todos aquellos apercebimientos, instaba á su sobrino á que se sometiese inmediatamente, como único medio de conjurar tan recia tormenta y de evitar su infalible ruina. «Sobrino, le decía, sobre el yerro pasado lo que os puedo decir es, que conviene que á la hora os vengais á poner en poder del rey, y si así lo haceis seréis castigado, y si no, os perdereis.» Y al propio tiempo trabajaba por mitigar la ira del rey, puesto que estaba seguro de que venía á su obediencia. Todos los grandes intercedían en favor del jóven marqués, y para templar el enojo del soberano le suplicaban se acordase de los grandes servicios y muerte de su padre don Alonso de Aguilar, así como de los del Gran Capitan, su tío.

Pero el rey se proponía aprovechar aquella ocasion para hacer un ejemplar escarmiento que inspirara un terror saludable á los magnates desafectos y revoltosos, y negóse á oír súplicas y recomendaciones: antes, sabedor de que venía á presentarse el disidente marqués en Toledo, el inexorable monarca ordenó que se mantuviese á distancia de cinco leguas de esta ciudad, y que le entregase todas sus fortalezas. En vista de esto el Gran Capitan dirigió un memorial al rey, con una nómina y estado de todas las plazas y de todos los bienes que su sobrino poseía, y diciendo: «Veis aquí, señor, el fruto de los servicios de nuestros abuelos; este es el precio de la sangre de aquellos que han muerto, que no nos atrevemos á rogaros que conteis por equivalencia alguna los servicios de los vivos.» Pero nada bastó á templar al airado monarca. El cual, aun despues de entregadas las fortalezas, salió de Toledo con seiscientos hombres de armas, cuatrocientos jinetes y tres mil infantes, con espingarderos y ballesteros, y llegando á Córdoba mandó prender al marqués y que se le formara proceso ante el consejo real. El acusado no quiso defenderse, diciendo que no le convenia litigar con su señor, y que se ponía en sus manos y solo apelaba á su clemencia en consideracion á los servicios de su padre y abuelo, y á los que él mismo prometía y esperaba hacer todavía. Antes de sentenciarse su causa se impuso pena de muerte y se hicieron varias ejecuciones en vecinos y caballeros de la ciudad, y fueron derribadas algunas casas. El consejo falló respecto al marqués, que como quiera que por su delito como reo de lesa majestad había incurrido en la pena de muerte y perdimiento de todos sus bienes, atendida la calidad de su persona y que se había puesto en manos del rey, estaba este en el caso de usar de clemencia y templar el rigor de la pena, conmutándola en destierro perpetuo de Córdoba y su tierra, en la entrega de todas sus fortalezas en manos del monarca, y en que fuese derruida para ejemplo y escarmiento la de Montilla, que era una de las mejores y mas fuertes de Andalucía.

La severidad de Fernando con un delincuente de tan pocos años y de tan esclarecida familia como el marqués de Priego, cuando tan indulgente había sido con el duque de Nájera y otros, ofendió gravemente, no solo al Gran Capitan, en cuyo agravio parecía haberse hecho, sino á toda la grandeza de Castilla, y muy principalmente al condestable, grande amigo de Gonzalo, y el hombre de mas reputacion y de mas valer entre los nobles. Este no solo se quejó al rey con mucho nervio y valentia por su extremada dureza, sino como el monarca le respondiese que el pretender que se hiciese otra cosa seria querer que se antepusiera el bien particular al general del Estado y al mejor servicio de la reina, el condestable le replicó que aquello solo se decía á los traidores, y que en ello le agraviaba tanto, que si tuviese donde buena y honestamente se pudiera ir, de buena gana se saldría del reino. Gonzalo solamente decía con una moderacion, que otro tal vez en su lugar no hubiera tenido: *Bastante crimen tenía el marqués*

con ser pariente mio. Expresion que manifiesta cuán penetrado estaba de lo que había decaído en el favor de su soberano. Dábale no obstante gran cuidado al rey la íntima amistad que había entre el Gran Capitan y el condestable, los dos hombres de mas corazon y de mas elevados pensamientos, á los cuales se unían el duque de Alba y el almirante, y otros nobles de gran influjo y estado, y fué milagro que el rey pudiera irse defendiendo de las varias confederaciones que entre sí hacían los principales personajes de la ofendida grandeza castellana (1).

Hemos indicado, y bien lo revelan ya estos sucesos, cuán decaído andaba Gonzalo de Córdoba en la gracia del Rey Católico, y así se debió calcular de la manera insidiosa con que le trajo á Castilla. Cuando el conquistador de Nápoles vino á España, todo el mundo se agolpaba á ver y admirar al guerrero victorioso que había asombrado á la Europa y que había dado tanta gloria á su patria. Poblaciones y caminos se llenaban de gente que acudía á vitorear y felicitar al vencedor de Ceriñola y del Garillano, y á contemplar su brillante comitiva, que en el boato de sus personas y en el arreo de sus caballos ostentaban los ricos despojos ganados en sus conquistas. Cuéntase que el anciano y experimentado conde de Ureña, conociendo bien el contraste que formaban el apuesto porte y carácter del Gran Capitan y del rey Fernando, dijo al verle con mucho donaire: *Esta nave tan cargada y tan pomposa necesita de mucho fondo para caminar, y presto encallará en algun bajío.* No se equivocó en su pronóstico el viejo magnate. Sin embargo, todavía en Burgos le recibió el rey con muestras, por lo menos exteriores, de grande honra y distinguido aprecio. Mas luego empezó á notarse en Fernando cierta tibieza y desden hacia el triunfador de Italia. Ya no volvió á hablarle mas del prometido maestrazgo de Santiago. Llévabale en su corte, pero como á uno de tantos nobles y de tantos capitanes.

Contribuyó á aumentar el desvío del monarca el proyecto que hubo de casar á la hija de Gonzalo, Elvira, con su íntimo amigo el gran condestable don Bernardino de Velasco, que había estado casado con doña Juana, hija natural del Rey Católico. Habíase este propuesto que la heredera del duque de Terranova, marqués de Santángelo y de Bitonto, diese su mano y llevase su herencia á su nieto don Juan de Aragon, hijo del arzobispo de Zaragoza don Alonso. Contrariado en esto el rey, y ofendida además la reina Germana por unas expresiones fuertes que sobre este punto oyó de boca del altivo condestable, alejó á este de la corte, y alcanzando su mezquino resentimiento á Gonzalo, dejó de salir con él en público como acostumbra, y esquivó su brazo y su compañía. En medio de estas mortificaciones, el mérito sobresaliente de Gonzalo resaltaba á la manera de aquellos cuerpos que arrojan chispas de luz en medio de la oscuridad, y no faltaba quien se lo hiciera confesar al mismo rey. El hazñoso García de Paredes oyó un día á dos caballeros en la sala misma del rey ciertas expresiones que parecía rebajar la limpia fama del Gran Capitan, y aunque entonces no estaban en buena amistad los dos guerreros, el terrible Paredes, alzando la voz de modo que pudiera oírle el rey, exclamó: *El que se atreva á decir que el Gran Capitan no es el mejor vasallo y de mejores obras que el rey tiene, tome este guante que pongo sobre esta mesa.* Nadie se atrevió á recogerle ni á contestar: entonces el rey tomó el guante y se le devolvió, diciéndole que *tenía razon en lo que decía* (2).

Los desaires últimamente recibidos del rey en el asunto de su sobrino el marqués de Priego, y sus desatendidas solicitudes de indulto, engendraron en Gonzalo el melancólico disgusto que producen los desengaños y la ingratitude, y pidió al rey le concediese vivir retirado en Loja. No solo le otorgó el monarca sin sentimiento esta licencia, sino que le dió aquella ciudad por toda su vida, y aun le propuso cedérsela en propiedad para sí y sus descendientes en compensacion y equi-

(1) Guicciardini, Istor. l. VII.

(2) Quintana, Vidas de Españoles ilustres, t. I, p. 319.—D'Anton, Hist. de Louys XII, part. III, c. 38.—Giovio, Vit. Illustr. Viror.—Crón. del Gran Capitan, lib. III, c. 4.—Brantome, Vies des Hom. Illustr. disc. 6.

(3) Gomez de Castro, *De Rebus gestis*, lib. 3.—Mártir, epist. 358.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 210.—Zurita, Rey don Hernando, l. VIII, cap. 5-7.

(4) Abarca, Reyes de Aragon, t. II, p. 376.—Zurita, Anal. t. VI, libro VIII, c. 6 al 11.

(1) Mártir, epist. 392 á 405.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 215.—Zurita dedica á esta materia largos capítulos del lib. VIII de la Historia del rey don Fernando.

(2) Crón. del Gran Capitan, lib. III.—Quintana en su Vida, p. 332.

valencia del maestrazgo de Santiago que le había prometido. Gonzalo contestó con arrogante dignidad: «que no trocaría jamás por el dominio de Loja el título que le daba al maestrazgo la palabra solemne de su rey, y que por lo menos le quedaria el derecho de quejarse, que para él valia mas que una ciudad (1).» Y siguió desde entonces en su retiro de Loja, donde disfrutó de la compañía de su antiguo amigo y maestro el conde de Tendilla, siendo su casa el centro de reunion de los señores de Andalucía; Gonzalo era el mediador y conciliador de sus diferencias, el padre de los colonos de sus tierras, el protector de los moriscos conversos, y el modelo de fina y caballerosa cortesanía para todos los jóvenes de la nobleza, que por curiosidad, por instruccion, y hasta por vanidad, frecuentaban su morada de Loja.

El pueblo había visto con menos disgusto que la nobleza la severidad del rey en el castigo del marqués de Priego, y no le pesaba ver humillados á los soberbios magnates que volvian á levantar su orgullosa cabeza desde la muerte de la reina Isabel. Asegúrase que el cardenal Cisneros, en cuya política entró siempre el abatimiento de la grandeza, era el que aconsejaba y alentaba al rey en aquella marcha. Creemos tambien que Fernando desplegó aquella inflexibilidad, no tanto por resentimiento ó enemiga á la persona del marqués, como por un cálculo de su fria razon, por infundir temor á los turbulentos próceres castellanos, y por mostrar que sabia hacerse respetar y obedecer y se hallaba resuelto á ello. Y en verdad, aparte de haber recaído tanto rigor en persona de tan ilustres ascendientes y tan allegada al Gran Capitan, y del inconveniente y mal efecto de desairar á este esclarecido personaje en la primera gracia que le pedia despues de haberle dado todo un reino, como golpe político produjo el resultado que se proponia, puesto que intimidó y tuvo á raya á los grandes, no obstante las confederaciones que en su resentimiento y mal humor intentaron. Ya despues le fué mas fácil y se halló mas fuerte para subyugar á los duques de Alburquerque, de Medinasionia, del Infantado, y á otros caballeros que le disputaban ciertas fortalezas en Andalucía (octubre, 1508). La villa de Niebla que se empeñó en resistir pagó cara su obstinacion, siendo entrada y saqueada por los soldados, y cinco regidores y un escribano puestos en la horca daban horrible testimonio del rigor de la justicia real (2).

La atencion de Fernando no estaba solo concretada en este tiempo á afianzar su autoridad contra los descontentos interiores y contra los revoltosos y desafectos que tenia en el reino. Además de las dificultades que se le suscitaban por Navarra y Portugal, cuyos reyes veian con recelo un vecino tan temible y poderoso, y no podian llevar en paciencia que una misma mano rigiera las dos monarquías de Castilla y Aragon, dábale continuamente que hacer y traiale incesantemente ocupado el emperador Maximiliano, su consuegro, con sus interminables embajadas, reclamaciones, exigencias, demandas y proyectos para hacer reconocer por rey de Castilla al príncipe don Carlos, nieto de los dos, todo con el afán de tener participacion en el gobierno de este reino. Mas porfiado y activo el soberano alemán que diestro y acertado en sus planes, no había medio, por extravagante que fuese, que no pusiera en juego para el logro de sus desacordados designios; tan pronto eran alianzas, guerras ó tratados con Venecia, con Inglaterra y con Francia; tan pronto matrimonios y enlaces de príncipes, hasta soñar en el del rey de Inglaterra con la reina doña Juana de Castilla; todo lo cual producía una serie no interrumpida de contestaciones que traian continuamente fatigado al Rey Católico, si bien nunca cedió ni quiso transigir un punto en cuanto á su derecho al gobierno de Castilla y al

(1) Crón. del Gran Capitan, lib. III, c. 6.—Giovio, Vit. Illustr. Vir. página 285.—Quintana, Vidas, tomo II, p. 325.

(2) Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, p. 379.—Zurita, Rey don Fernando, lib. VIII, c. 26.

de su hija doña Juana, reconociendo el que á su tiempo competia á su comun nieto el príncipe Carlos.

Tanto le reconocia, que muchas veces instó al emperador á que enviase al príncipe á Castilla, así para que se educase acá conforme á las costumbres del país que estaba llamado á heredar y gobernar, como para asegurar la sucesion de los dos reinos; pues si llegara á acontecer que vacara el trono estando ausente el príncipe, y criándose aquí su hermano menor don Fernando, podria haber peligro de que los grandes se hubieran aficionado á este último y le prefirieran y proclamaran, de lo cual había muchos ejemplos de reyes y príncipes de Castilla que tuvieron hermanos; mucho mas cuando por su tierna edad no era necesaria su presencia en Flandes, estando encargada del gobierno de aquel Estado su tia la princesa Margarita, y amparándole con su favor y proteccion su abuelo. Propionalle además que se llevase allá al infante don Fernando, pues con esto se quitaria una ocasion de disturbios y un pretexto á las parcialidades, si por caso vacase el gobierno del reino hallándose este presente y ausente el otro (3). Discurría en esto el Rey de Aragon con gran seso y prudencia, y parece que hablaba en profecía, segun los sucesos que vinieron despues.

Mas en vez de venir el emperador á tan razonable y honesto partido, tomó el de confederarse con los grandes de Castilla descontentos del rey. Los espías de Fernando, que los tenia en todas partes, prendieron en Pancorbo á un emisario del emperador que venia disfrazado de lacayo. Llamábase don Pedro de Guevara, y era hermano de don Diego de Guevara, valido que fué del rey don Felipe, el cual se había refugiado á Flandes, fugitivo de España. Llevado á Simancas y puesto á cuestion de tormento, confesó su comision, y las inteligencias que mediaban, no sabemos si ciertas ó si supuestas para libertarse de los dolores de la tortura, entre el emperador Maximiliano y algunos nobles de Castilla, entre los cuales nombraba al Gran Capitan, al duque de Nájera, al conde de Ureña y á varios otros (4).

Así por informarse bien de lo que resultaba de las declaraciones del emisario preso, como para deshacer mejor con su presencia cualquier trama ó movimiento que se intentara contra su persona ó gobierno, determinó el Rey Católico á los principios del año siguiente regresar á Castilla. Hízolo viniendo por Extremadura; y como hubiese dejado á la reina doña Juana su hija en Arcos, lugar frio é insalubre para ella, pasó á buscarla llevando consigo á su hijo don Fernando. La reina, cuyo pálido rostro y pobres y desmañados vestidos descubrian su malestar intelectual y físico, mostró alegrarse de la ida de su padre, y obedeció gustosa la determinacion que este tomó de trasladarla á Tordesillas (febrero, 1509). Verificóse la marcha de noche, como ella acostumbraba, yendo siempre delante y á su vista el féretro de su esposo, y haciéndole de dia exequias en los pueblos. Aposentada en el palacio de Tordesillas, se depositó el cuerpo de su marido en el monasterio de Santa Clara, en que la reina podia ver su túmulo desde su misma habitacion. Aquí se encerró esta desgraciada señora, casi sin salir en el resto de su vida, que fué todavía muy larga, ajena siempre á los negocios del reino, así durante el gobierno de su padre como en el reinado de su hijo.

Tal era el estado de las cosas de Castilla en la segunda regeñcia del Rey Católico, cuando importantes sucesos exteriores vinieron á darles nuevo rumbo y nueva fisonomía.

(3) Zurita, Rey don Fernando, lib. VIII, c. 16.—Abarca, Reyes de Aragon, don Fernando el Católico, cap. 17.

(4) Tambien fué preso y atormentado por la misma sospecha un criado del marqués de Villena, pero este no descubrió nada, y persistió constantemente en defender su inocencia, aunque se le torturó cruelmente, hasta descoyuntarle y ponerle á punto de espirar. El emperador recibió tanto enojo de este hecho, que estuvo ya determinado á prender á todos los súbditos del rey de España que se hallaban en Nápoles. Zurita, Anal. tom. VI, p. 173.

CAPÍTULO XXIV

CISNEROS

Conquista de Oran

DE 1508 Á 1510

Antiguos proyectos de Cisneros sobre la conquista de Africa.—Acógelos el rey.—Primera expedicion: toma de Mazalquivir.—Conquista del Peñon de la Gomera.—Empresa de Oran.—Anticipa el cardenal los gastos de la armada.—Convenio entre el rey y el arzobispo.—Va Cisneros en persona á la conquista.—Batalla y triunfo de los españoles bajo el mando de Pedro Navarro.—Entrada de Cisneros en Oran.—Desavenencias entre el cardenal y el conde Navarro.—Vuelve Cisneros á España.—Mal comportamiento del rey con el prelado.—Modesta y sufrida conducta de este.—Sucesos de Africa.—Conquista Navarro el puerto y ciudad de Bugia.—Sométense al Rey Católico Argel, Túnez y Tremecen.—Ataque y toma de Trípoli: vigorosa resistencia de los moros: terrible mortandad.—Ida de don García de Toledo á Africa.—Funeo y memorable desastre de los españoles en la isla de los Gelbes.—Sus causas y consecuencias.—Suspéndese la conquista de Africa.

Ya en vida de la reina Isabel, y á persuasion del arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, hombre de elevados pensamientos y dado á las grandes empresas, había habido el designio de llevar las armas cristianas al Africa y arrancar las ciudades de la costa berberisca del poder de los infieles. Encargado estuvo ya el conde de Tendilla de dirigir y comandar la armada que se pensó enviar al litoral del continente africano; pero la muerte de la reina y las novedades que se siguieron en Castilla fueron causa de que se suspendiese aquella expedicion. A poco tiempo volvió á insistir el primado de España con el Rey Católico, regente del reino, en la conveniencia de que se realizara aquel pensamiento. Fernando acogió la empresa, para la cual le prestó el prelado toledano once cuentos de la moneda de Castilla, y no tardó en salir del puerto de Almería y cruzar las aguas del Mediterráneo una armada al mando del valeroso don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, llevando consigo al entendido marino don Ramon de Cardona (agosto 1505). El resultado de esta expedicion fué apoderarse de la ciudad y castillo de Mazalquivir en la costa de Berberia (setiembre), puerto cómodo y muy importante para el comercio con Oran, de donde dista solo tres cuartos de legua, y á donde se refugiaron los moros que la defendian. Don Ramon de Cardona volvió á Málaga con la armada y con la noticia de aquella conquista, de que se alegraron todas las naciones de Europa. Pero mas adelante (en 1507), habiendo salido el alcaide de los Donceles del fuerte de Mazalquivir é internándose hasta cuatro leguas con una hueste de mas de tres mil españoles, fueron estos asaltados y arrollados por numerosas tropas del rey de Tremecen, viéndose el valeroso jefe de los cristianos en gran peligro, y teniendo que retirarse con gran trabajo á la plaza despues de dejar muertos en el campo muchos de los suyos.

Quando el rey vino de Nápoles á Castilla, se volvió á promover la empresa de Africa, para la cual ofrecia buena ocasion la guerra que al rey de Fez hacian sus dos hermanos, uno de los cuales ofreció al rey Fernando que le daria su favor y ayuda para la conquista de Oran y de otros lugares de la costa, siempre que él le pusiera en posesion de la ciudad de Túnez que decia pertenecerle, obligándose además el moro á darle en rehenes su hijo mayor. En virtud de esta propuesta mandó Fernando aparejar una buena flota en Málaga al mando del conde Pedro Navarro, y de cuyo orden y provisiones cuidaba muy principalmente el ya cardenal de España Jimenez de Cisneros (1508). Mas como en aquel tiempo anduvieran los corsarios berberiscos inquietando é invadiendo continuamente la costa de Granada robando y haciendo cautivos, de orden del rey salió Pedro Navarro con sus naves contra ellos, les tomó algunas fustas, mató muchos moros, y dando caza á los demás llegó hasta la costa fronteriza de Africa, y les ganó el Peñon de la Gomera (julio 1508), castillo de muy extraña fortaleza, construido sobre un peñasco dentro del mar, con lo que quedaron protegidas las costas de Andalucía y de Valencia contra las correrías de los piratas. La

ocupacion del Peñon por los españoles produjo vivas contestaciones entre Fernando y el rey de Portugal su yerno, que pretendia ser de su conquista como perteneciente al reino de Fez; y aunque el Rey Católico le hizo poco tiempo despues un inmenso servicio enviando á Pedro Navarro con su armada en socorro de Arcila que el rey de Fez tenia cercada y en grande aprieto, batiendo al moro, haciéndole levantar el cerco y libertando aquella posesion portuguesa, todavia el monarca portugués no desistia de reclamar su derecho al Peñon de Velez (1).

Tales eran los precedentes que habían mediado respecto á la empresa de Africa, cuando el cardenal Cisneros, ya por haber sido antiguo pensamiento suyo, ya por celo religioso (2), ya por distraer á otra parte y á otros objetos la atencion de los turbulentos nobles castellanos, excitó al rey á que emprendiese seriamente la conquista de Oran, ciudad opulenta y bien murada del reino de Tremecen, uno de los mejores mercados para el comercio con Levante, asilo y madriguera de multitud de corsarios moros que infestaban y estragaban las costas del Mediterráneo, y muy inmediata, como hemos dicho, al fuerte y puerto de Mazalquivir, conquistado tres años antes por el alcaide de los Donceles. A este plan solo tuvo que oponer Fernando el inconveniente de la falta de fondos, pero á esta dificultad ocurrió Cisneros ofreciéndose él á anticipar todo el coste y gastos de la empresa, y lo que es mas, á conducirla y mandarla en persona. Para lo primero contaba el cardenal arzobispo con los ahorros que había ido haciendo de sus pingües rentas, de las cuales solo había empleado algunas en la redencion de cristianos cautivos. Lo segundo, propuesto por un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en el retiro y en las penitencias de un claustro, y se hallaba además en la edad septuagenaria, hubiera parecido una locura, si no fuera ya conocido el ánimo levantado y grande del religioso Cisneros, que con este objeto había tenido ya empleado al ingeniero veneciano Jerónimo Vianelo en reconocer las costas de Berberia y levantar planos exactos de sus ciudades, puertos y fortalezas.

Admitida la proposicion por el rey, se ajustó y firmó por los dos una capitulacion ó asiento (29 de diciembre, 1508), en que el soberano ponía á cargo del cardenal arzobispo la direccion y proveimiento de la armada y los gastos de la guerra, se obligaba á indemnizarle de lo que se fuera cobrando de la décima y subsidio en todos sus reinos y señeríos, teniendo entre tanto en prendas y á su disposicion todo lo que se ganase de tierra de moros (3), y el cardenal por su parte prometía y se obligaba á pagar todos los sueldos, provisiones, fletes y demás que fuese menester para el equipo de las naves y mantenimiento de la gente de guerra (4). Nombróse general de la armada al conde Pedro Navarro, y habían de ir de capitanes Diego de Vera, el conde de Altamira, Jerónimo Vianelo, Gonzalo de Ayora, Garcia Villaroel

(1) Gomez de Castro, *De Rebus gestis*.—Carvajal, Años 1507, 1508.—Zurita, Historia del rey don Fernando, libro VI, c. 15, libro VIII, capítulos 11, 23 y 24.

(2) El celo religioso del arzobispo iba mas adelante todavía, puesto que había concebido el grande y caballeresco pensamiento de promover una cruzada de príncipes y soberanos para el rescate de la Tierra Santa; idea que había entrado ya tambien en los proyectos de Cristóbal Colon. Quintanilla, Archetipo, Apéndice núm. 16.

(3) De consiguientes, no se hizo á sus expensas ó de su cuenta, como dan á entender ó dicen expresamente muchos historiadores.

(4) Tenemos á la vista una copia de este asiento ó capitulacion, sacada del archivo de Simancas, de la cual daremos á conocer los mas importantes artículos.—«Lo que nos (principia) el Rey é Cardenal de España, arzobispo de Toledo, asentamos é concordamos sobre la guerra que plasiendo á Dios nuestro Señor se ha de facer este año contra los moros enemigos de nuestra Santa fe Católica es lo siguiente.—Primeramente que vos el dicho cardenal plasiendo á nuestro Señor vais en persona á entender en la dicha guerra de allende, y para ello yo vos mandaré dar todos los poderes que sean menester y convengan, y asimismo enviaré una persona ó dos del Consejo ó alcaldes para que despues de vos partido con el ayuda de nuestro Señor estén en la costa para mandar proveer en las cosas necesarias con poder asimismo bastante, de manera que haya entero recabdo é proveimiento para las cosas de la dicha guerra.—Otro sí, por quanto para la dicha guerra es menester dineros para el sueldo de la gente y mantenimiento ó fletes, lo qual vos el dicho cardenal habeis de